

da sentimental y postergada aun la misma vida religiosa. La vida voluntaria es la que allí consume toda la savia del individuo. A veces parece, tan hipertrofiada así está, moverse en el vacío y sin objeto. Es también el defecto de toda esta sociedad. Por todas partes se percibe que los Americanos han hecho á un lado al tiempo y que, por una ley misteriosa, no hacen tan poco nada que deba durar. Todo el adorno de esas ciudades babilónicas tiene que ser reemplazado por otro. De ello se tiene la visión anticipada. Las máquinas cederán su lugar á otras máquinas, más sencillas ó más complicadas. Dentro de diez años, estos hoteles colosales, perforados con mil tubos, alumbrados por la electricidad, surcados por el agua caliente y por el agua fría, incesantemente recorridos por rápidos elevadores, amueblados con magnificencia tan extravagante, pasarán de moda, *old fashioned*. Otros nuevos los habrán sustituido.

Con todo lo demás pasa lo mismo, desde las máquinas de escribir hasta las fortunas y así proseguirá al parecer, indefinidamente, á menos que esta América de los industriales y de los especuladores, pase también, como pasó la América de los colonos campesinos y que deba suceder á este frenesí de empresa una civilización que tenga por llave maestra, no ya á la voluntad consciente y calculadora, sino al instinto, á la costumbre, á la naturaleza heredada y sufrida. Pero, en todo caso, está muy lejana esta metamorfosis suprema. Y se comprende la razón cuando se estudia un mapa de Estados Unidos, comparando la extensión del territorio al número de sus habitantes. Usan los Americanos chiste, hasta cierto punto justificado, de decir que si á la Francia entera se la pusiese en medio de Texas, aun quedaría mucho Texas á su derredor. Conviene agregar, que este inmen-

so Texas no tiene tres millones de habitantes. La Florida no tiene cuatrocientos mil y se necesitan catorce horas de camino de fierro para subir de Lak-Worth á Jaksonville. Sobre cuarenta Estados, treinta están en condiciones análogas. Este es el secreto de esta civilización. No ha franqueado el periodo de conquista. Su prodigiosa originalidad reside en que el conquistador ha llegado de un golpe hasta el refinamiento de la civilización más avanzada. Semejante fenómeno no se había visto nunca. Jamás volverá á verse. A causa de esto, los conductores de esta conquista de orden exclusivo, los banqueros no se parecen en nada á nuestros bolsistas, á nuestros industriales, á nuestros manufactureros, ni á nuestros ingenieros, como Chicago en nada se parece a Paris, ni Minneápolis á Florencia. Me gustan más las ciudades de la vieja Europa, pero admiro más á los banqueros del Nuevo Mundo. La obra ejecutada por ellos á fuerza de voluntad improvisadora no equivale á la obra que entre nosotros han elaborado los siglos, pero los constructores actuales de este país son muestras de una humanidad más vigorosa.

VI

LOS DE ABAJO.

I.—LOS OBREROS.

“Los negocios” ha dicho un humorista del socialismo, corrigiendo una célebre frase: “los negocios son el trabajo de los otros. . . .” Esta fórmula solo es

medio justa aplicada á Estados Unidos, en donde los millonarios se agobian, también ellos, con rudas tareas, tanto ó más que los más oprimidos trabajadores de su vía férrea ó de sus minas. Tiene de exactitud que la instalación de los grandes negocios supone como primer elemento el trabajo del hombre de fatiga. Detrás del capitalista, por más inteligente, por más activo, por más emprendedor que sea, está siempre el obrero.

Sentado que la América es una democracia por excelencia, este personaje es el que constituye su asiento fundamental. Si la civilización de este país debe cambiar de nuevo, como frecuentemente dá de ello la impresión, cambiará por el obrero, como la Francia de 89 que reposaba sobre el paisano, cambió por el paisano. De vez en cuando, huelgas, que en cualquiera otra parte que no aquí, se denominarían guerras civiles, parecen presagiar de hecho uno de esos duelos de clases cuya terminación no es dudosa nunca. Los más desgraciados, desde que hay bárbaros y civilizados, han vencido siempre á los más dichosos cuando se ha librado la batalla.

En otras veces, fuera de estos instantes de crisis sobrealaguda, al hablar con algunos de estos obreros se les halla evidentemente muy dichosos con su trabajo, se les ve ejecutarlo perfectamente con la independencia de los ciudadanos libres retratada en sus broncas fisonomías! Poseen visiblemente la calma de la energía, entre el vaivén de los émbolos, el roce de las correas de cuero, el ronquido del vapor y el jaleo de los volantes! El gasto de fuerza personal está tan inteligentemente ahorrado, tan seguramente apoyado en la ayuda mecánica! Por otra parte se sabe que los salarios son muy superiores á los de Europa; dollar y medio, dos, tres y aun cuatro dollar

por día. Se conocen las sociedades mutualistas que circundan á la actividad de estos hombres. Son estas sociedades tan numerosas, tan completas, y están tan dispuestas para sostener al trabajador y á los suyos en tantas circunstancias, desde la carencia del trabajo hasta la muerte! Debido á una de estas sociedades tiene el hombre su casa propia. Gracias á establecimientos de toda clase está asegurada la educación de sus hijos. El impuesto de sangre, ese abuso monstruoso de nuestra civilización se le ha ahorrado á él y á sus hijos. Y se llega á esta idea que ha determinado á tantos emigrantes á abandonarlo todo: que la América es el país del proletario.

— ¿Cómo pues, pueden conciliarse dos puntos de vista fundados ambos sobre hechos indiscutibles, aunque radicalmente contradictorios? Si se hojean las publicaciones redactadas por obreros y obreras aparece la misma contradicción y aun más marcada. Se lee en los programas de una de las sociedades que pasa por más adelantada, frases como esta: "*Calling upon God to witness the rectitude of our intentions...*" — "Llamamos á Dios para que reconozca la rectitud de nuestras intenciones." — En una especie de himno en honor del día de ocho horas, que termina con estos versos:

*Eight hours for work, eight hours for rest, eight
(hours for what we will.*

*"Ocho horas para trabajar, ocho para descansar y
ocho para entregarnos á nuestra fantasía."*

se lee tres veces el nombre de Dios y tres veces el *His* y el *Him* á él aplicados y con letras mayúsculas. De aquí se deduce que el deseo natural de reformas benéficas se asocia en el obrero americano á un profundo instinto religioso y se juzga que este rasgo co-

responde lógicamente al carácter nacional. Desde el momento en que la llavé maestra de este carácter es la voluntad, el sentimiento más desarrollado debe ser el de la responsabilidad y la vida religiosa es la condición más natural de ésta.

Se abre otro periódico destinado también á los obreros y que es señalado como típico, y se encuentran en él con estupor, declaraciones como la siguiente: "El paraíso es un sueño inventado por los pillos que quieren ocultar sus bribonadas á sus víctimas." —"Cuando comprenda el trabajador que el otro mundo de que se le habla sin cesar, es solo un espejismo, tocará á las puertas de los ladrones ricos con un rifle en la mano y pedirá su parte de los bienes de este mundo y desde luego. . . ." —"Religión, autoridad, Estado: una sola pieza de madera ha servido para tallar estos ídolos. Todos nosotros la haremos pedazos. . . ."

¿Qué debe pensarse de una clase social para la que son igualmente ciertos documentos tan opuestos? Es un problema de psicología muy complejo para que yo pretenda resolverlo. Pero al ménos entreveo una suposición que hará comprender la coexistencia de ideas antitéticas en el proletariado Americano. Estudios prolongados sobre el terreno mismo, visitas á fábricas, lectura de muchos informes oficiales sobre la cuestión del trabajo, paseos al través de innumerables casas de obreros y conversaciones con personas especialmente competentes en ese ramo, se han reasumido para mí en esta hipótesis. Reproduciré, entre las notas tomadas en el curso de esta inquisición muy exigua aun, aquellas que concuerdan con el tono familiar de este diario que no tiene la ambición de ser un tratado de economía política.

. He tenido dos conversaciones con dos hombres que son de los que más han pensado con mayor eficacia en los problemas del porvenir social de la América. Su Em. el Cardenal Gibbons y Mgr. Ireland son los dos que me ha parecido resumen con autoridad y claridad superiores el punto de vista del optimismo relativo á este porvenir. Y ambas conferencias las transcribo reunidas, porque se completan una á otra aunque hayan tenido lugar con algunas semanas de distancia.

Todo el mundo conoce hoy en Francia el nombre de estos dos apóstoles, debido á los trabajos de M. de Meaux y de M. Max. Leclerc y también á la hermosa traducción que hizo el abate Klein de algunos discursos pronunciados por el Arzobispo de San Pablo. Ambos prelados han sido los activos obreros de la propaganda católica en los Estados Unidos, de la que ya he hablado. Será posible medirla con mayor exactitud recordando algunas cifras.

A principios del siglo actual el número de los católicos americanos ascendía á veinticinco mil. Un obispo y treinta sacerdotes eran suficientes para el servicio de este número de almas. Hoy se enumeran cerca de diez millones de fieles. Sus iglesias y sus cementerios se multiplican. Han fundado á las puertas mismas de Washington una universidad que asegura á la enseñanza todas las supremacías de la ciencia más moderna. Mgr. Keane la dirige. Este rector, que tiene un rostro vigoroso propio de los hombres de acción, una voz vibrante, unos gestos que son casi duros en determinados momentos, y unos ojos chispeantes, es una de las más grandes figuras de la alta clerecía americana.

—"Todo lo que hemos hecho," me decía, "lo hemos ejecutado por la libertad. No tenemos relación

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. S. N. Y.

ninguna con el Estado, y á pesar de ello estamos perfectamente. Los fieles son los que nos pagan y lo preferimos. . . . Si creen que somos demasiado severos y si quieren hacérselo sentir, lo soportamos sin pena, pues también gustamos de la carencia de lujo y de la representación. . . . Cuando era yo Obispo de Richmond tenía una diócesis muy pobre, habitaba dos cuartos pequeñitos y era yo muy feliz. . . . Lo que no nos gusta es que los ministros de la Iglesia posean un tren de príncipes y que formen una nobleza. . . . Pues que estas vanidades no son convenientes en los discípulos del divino Maestro. . . .”

He allí sentimientos que explican mejor que comentario alguno, por qué el clero ha conquistado un lugar contra el que no prevalecerán los esfuerzos de los fanáticos de la intolerancia, como los A. P. A. Así se denomina una liga anticatólica recientemente formada aquí, y que se titula á sí misma *American Protection Association*. Los que la componen aborrecen á la Iglesia con ese extraño odio tan común entre nosotros. Han comprendido que era indispensable atacarla en Estados Unidos, sobre el propio terreno de la libertad. Y aun en este procedimiento se parecen á los radicales de nuestro país. Consiste su programa en representar al catolicismo como incompatible con los deberes verdaderos del ciudadano americano. Apelan al artículo de la ley de naturalización, relativo á la renuncia completa y absoluta de fidelidad á todo soberano extranjero. Y agregan: “¿No se proclaman los mismos católicos dependientes del Papa que reside en Roma?”

Ni el equívoco peligroso de este razonamiento que procura confundir al mundo espiritual con el mundo temporal, ni la difusión por miles de documentos falsos en que los nombres verdaderos de los obispos de

Baltimore y San Pablo figuran al pie de instrucciones secretas, redactadas con la más hábil perfidia, ni la prudente apelación á la vieja hostilidad contra el papismo, tan viva en el corazón de los descendientes de los Puritanos, en fin, ninguna maniobra ha podido luchar contra el ardor evidente de energía cívica desplegada por este episcopado tan lleno de vida verdaderamente. Ni uno solo de estos prelados ha dejado pasar la menor oportunidad de servir al pueblo, ni de manifestarse como hombre de su tiempo y de su país. Cuando fué amenazada en Roma la Asociación de los Caballeros del Trabajo, el Cardenal Gibbons y Mgr. Ireland, no vacilaron en ir allá para defenderla. Cuando los organizadores de la Exposición de Chicago tuvieron la idea de abrir el Congreso de las Religiones, que será siempre, á pesar de los tristes charlatanismos de detalle, uno de los símbolos más nobles de nuestra época, el mismo Cardenal Gibbons aceptó abrirlo por medio de una solemne oración.

En todas circunstancias laten sus corazones al unísono del de la nación. En ello no tienen ningún mérito. Una constitución liberal les permite practicar su fe sin trabas, asociarse y poseer sin discusión, fundar obras sin enredos y asegurar el reclutamiento de su clero sin chicanas—¿qué más pueden pedir? y ¿cómo se apresurarían los católicos de Francia á aceptar con entusiasmo la supresión del Concordato unida á la del presupuesto de los cultos con tales garantías! Y además, este clero de los Estados Unidos es real, intimamente americano. Los caracteres que distinguen á esta fuerte raza y que he hecho notar así al hablar de la sociedad como á propósito de los negocios, se hallan en estos obispos y en estos sacerdotes con la misma intensidad. Desde luego tienen el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

realismo, la intensa visión positiva del hecho. Léanse los dos tomos en que ha resumido el cardenal para sus compatriotas el dogma católico y en particular las páginas relativas al divorcio. Hay en ellas el atrevido vigor de la esperanza y la amplitud enorme del proyecto. El obispo de San Pablo exclama:

—Tenemos una admirable oportunidad. Dentro de cien años tendrá la América cuatrocientos millones de habitantes. Nuestra obra consiste en hacer á toda esta América enteramente católica!.....”

Por encima de todo tienen la gran virtud nacional, la voluntad.

—“Nuestra divisa, dice aun uno de ellos, es *osar y hacer.*”

Estamos bastante lejos del sacerdote funcionario á quien el Estado envuelve en pañales protegiéndole, lejos de las leyes restrictivas que impiden que puedan poseer las órdenes religiosas, que sus fábricas puedan administrarse y que pueda ser reclutado el clero libremente! Hace ya muchos años de esto y yo comía en la misma mesa que Gambetta. Era al día siguiente de la guerra y el jefe del oportunismo hablaba del programa que llevaría á cabo si alguna vez llegaba al poder.

—“¿Y la separación de la Iglesia y del Estado?” —dijo uno de los convidados.

—“Nos guardaremos de ello” respondió con viveza aquel á quien sus íntimos llamaban entonces el tigre. Sería preciso darle libertad á la Iglesia y sería muy fuerte....”

Aquí es en donde he comprendido el alcance de esta frase, caída en mis recuerdos de joven. Gambetta al pronunciarla estaba en la verdadera tradición Jacobina y Cesariana. El que pensase así ese poderoso hombre de Estado, el único que pudo dar naci-

miento á la Revolución de 1870, y que fuese de buena fé, demuestra, mejor que muchas páginas, lo que puede diferir la traducción en hechos, en leyes y en costumbre de esta misma palabra: la democracia.— Una Constitución no vale nada sino para las gentes que la practican.

La memoria tiene sus caprichos. En un día muy frío, yendo de Washington á Baltimore en donde debía ver á Mgr. Gibbons, la imagen del antiguo dictador de Tours me atormentaba debido á esa frase escapada de su elocuente boca entre dos fumadas de un puro muy negro. en el comedor de un piso bajo de la calle Linné. Me preguntaba lo que hubiera llegado á ser la Francia si este orador de tan grandes alientos, tan inteligente, tan susceptible de adaptación y de educación hubiera hecho un viaje á América y si hubiese visto por sí mismo lo que la Iglesia hoy día representa de fecundidad democrática y de amplia enseñanza popular cuando es libre.

Después vino á llenar mi ensueño otra imagen enteramente diferente la del desgraciado y sutil Edgardo Poe, que escribía su *Cuervo*, hace ya medio siglo en la capital de Maryland, cuyas casas veo levantarse hácia abajo. Aunque el genio de este poeta no sea hoy, según mi opinión, una gran cosa, debido al terrible abuso que hizo de lo artificial y al engaste casi mecánico de todas sus ideas, la naturaleza de su sensibilidad aun me conmueve, y más todavía, lo miserable de su destino. Pienso en el misterio, siempre renovado, de la formación de las almas. La del poeta tuvo su principio de desesperación y de degradación en esta sociedad en donde la del sacerdote á quien veré dentro de un momento ha tenido completa expansión. La espiritualidad del uno causó su agonía; la espiritualidad del otro ha sido causa de su

fuerza en el mismo cuadro de la misma civilización.

Pero viendo el primer aspecto blanquísimo de Baltimore y andando por sus calles, siento que es de todas las ciudades americanas que hasta ahora he visto, la que más se presta á tener ensueños poéticos. De la calle de San Carlos, algo estrecha, apretada entre sus casas de color claro y no muy altas, se desprende un encanto íntimo. El silencio rodea la plaza donde se eleva el monumento á Washington y me recuerda la elegante plaza de Stanistas en Nancy. Experimento la impresión, aquí tan rara y que se me asegura tendré con mayor intensidad en Filadelfia, de la duración de un punto de ciudad, que sobrevivirá en el mismo estado. Esta decoración, que es ménos momentánea, ménos violenta y más delicada, se armoniza con mi ansiedad al acercarme al primado de América pensando en él, tal cual los sacerdotes de la Universidad de Washington me lo han pintado. Unos pasos más dados en la banqueta de esta calle tan silenciosa y que no tiene ni tranways eléctricas ni carros de cable, y me encuentro ante un palacio que reviste la misma sencillez de estilo que las demás casas que lo rodean. Lo domina la cúpula de una iglesia. Y esta es la morada del cardenal.

Me recibe su Eminencia en un salón sin fausto, adornado con retratos de prelados célebres. El de Leon XIII y el del Cardenal Manning son grabados y están puestos sobre caballetes. Fisiológicamente Mrg. Gibbon pertenece á la raza de ascetas en quienes parecen haber dejado las mortificaciones solo la carne necesaria para soportar el trabajo del alma.

Aunque tiene más de sesenta años, no representa sino cincuenta, tan esbelto parece con su estatura delicada y flaca. Lo había entrevisto el otro día en

Washington, en una de las tribunas del Congreso, llevando únicamente como insignia de su dignidad un casquete de púrpura, puesto en la parte posterior de la cabeza. Ahora, en su casa está vestido con la sotana negra orillada de rojo, una sotana irremediablemente limpia, pero que no es muy nueva y bajo la que se ven sus pies calzados con botines elásticos y de doble suela. En este hombre de oraciones y de acción, está impresa la sencillez, tanto en sí como á su derredor y en todas partes.

Las manos que salen de su traje talar sin puños son delgadas y finas. Su rostro reflexivo y tranquilo es afilado y está como demacrado, tiene la nariz algo larga y con el labio superior proeminente é inmóvil como el del retrato de Erasmo que está en el Louvre. Es una boca que revela al escritor y al diplomático más aún que al orador. La expresión de su rostro se encuentra más allá, en la arruga posterior y profunda del carrillo y en los ojos que se dibujan con un azul muy claro sobre esa cara casi transparente. Esos ojos miran con admirable expresión, con mirada tierna y sostenida, lúcida y recta, con mirada de certidumbre. Los psicólogos modernos tienen una palabra, muy fantástica pero muy precisa para designar esos caracteres en los que se subordinan todas las potencias á una energía central, á una fé científica ó artística, política ó religiosa, aceptada sin vacilación y sin retroceso. Los denominan *Unificados*. Ya Séneca decía, adelantándose con uno de sus descubrimientos de gran moralista á nuestras teorías modernas del espíritu:

—“Si encontráis un hombre, *uno*, habeis hallado una gran cosa.”

No basta una disposición interior para componer un equilibrio semejante. Se requiere un acuerdo, que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. I.

es rarísimo, entre las circunstancias y el instinto, entre el medio y el impulso innato. Y este encuentro, en el cardenal se ha producido de modo singularmente excepcional. Al hablarle de su vida, me ha contado, lleno del reconocimiento emocional de un creyente que reconoce la acción de la Providencia tras la figura de este mundo pasajero:

—“He tenido una felicidad que no es común . . . Aquí he nacido, aquí he sido bautizado, aquí he hecho mi primera comunión y en esta misma catedral me confirieron las órdenes sacerdotales de las que ahora soy arzobispo.

Y prosiguió refiriéndome su primera visita á Roma, cuando se sentaba en el Concilio del Vaticano, siendo el más joven de los mil preladados reunidos en esa asamblea. Era Obispo de la Carolina del Sur y sacerdote hacía apenas cinco años. En esa época solo había cuarenta y cinco obispos en todo Estados Unidos.

—“Los recuerdo,” dijo, “cuando llegaron aquí para la primera asamblea de Baltimore, cuando yo era canciller del arzobispo. Hoy son doble número. En esto ha pasado lo mismo que con respecto á las conversiones. Antes eran contadas. En este año en esta diócesis que es tan pequeña ha habido setecientas. “*The human soul needs food*” agregaba en inglés “el alma humana necesita alimento y no lo halla completo sino en el catolicismo.”

Habla el francés con perfección, aunque busca algo las palabras. Al escucharlo se comprende que su palabra no desprenderá nunca vivos resplandores, pero está tan exenta de declamación, está su espíritu tan visiblemente al servicio de una conciencia saturada de verdad, se revela tan constante esfuerzo en cada frase para igualar la expresión con el pensamiento, sin que la frase sea rebuscada y sin que sea

débil, que emana de toda ella una irresistible autoridad, que es la misma que se desprende de su fisonomía tierna, seria y llena de firmeza. De un modo enteramente natural deja Mgr. Gibbons el francés por el inglés al abordar los problemas sociales. Al parecer debíamos emplear un idioma extraño con tanta mayor facilidad cuanto que tuviéramos que expresar ideas que nos sean familiares. Pero no es así. A medida que hemos pensado más en un asunto, nuestras concepciones más precisas exigen más la precisión del idioma que nos ha servido para formarlas. Tal vez ésta sea la razón de por qué algunos hombres superiores experimentan gran dificultad en el manejo por su propia cuenta de idiomas que conocen y que leen perfectamente.

—“Nunca he influido sobre la creación ni sobre la organización de los “*Caballeros del Trabajo*” respondió el Cardenal á una de mis preguntas” “Lo que dije con respecto á ellos, cuando mi viaje á Roma, fué que la Iglesia nunca puede tener motivos para condenar de un golpe y en principio á todas las asociaciones de trabajadores. Siempre he pensado y sigo pensando, que los obreros tienen el derecho de asociarse para protegerse contra la tiranía posible de los que los emplean. Conozco los peligros de esas asociaciones; desde luego las huelgas—una vez reunidos tienen la violenta tentación de lanzarse en esta vía que no es buena y en la que siempre han sido derrotados—después la intolerancia y la persecución con respecto á aquellos de sus camaradas que rehúsan unirseles. Pero á pesar de todo he creído que la Iglesia arriesgaría la pérdida de muchas almas forzando á miles de hombres á escoger entre su fé y una sociedad cuyos principios, por sí mismos, no tienen nada que sea digno de ser condenado. . . .”

—“Una revolución en Estados Unidos?” respondió á otra de mis preguntas. “No, la creo imposible. Como muy amenudo se ha reprochado á los Americanos, son ante todo y sobre todo hombres prácticos. Antes de despojar de un dollar á un millonario ó á un billonario si quereis, reconocerían que arrancaban la piedra angular de todo el edificio y se detendrían. Son nuestros obreros muy inteligentes y tienen un espíritu muy atrevido pero muy justo que les sirve para ver la lógica de las ideas. Comprenden, apesar de los sofismas de los agitadores, que tocar á una sola propiedad es tocar á todas las propiedades. Cuando fueron condenados los anarquistas en Chicago, el sentimiento público, manifestado casi inmediatamente en una votación para una elección, fué en favor del juez autor de la sentencia y contra el gobernador de Illinois que había mostrado simpatía á los condenados. . . . Entre nosotros no existen los fermentos de revolución que roen á Europa. Nuestro obrero, cuando quiere trabajar, gana con amplitud con que vivir, dos, tres dollars al día. Llegarán á no trabajar sino ocho horas diarias. Además son irreligiosos. No hay un solo ejemplo de que se haya presentado un hombre público como ateo. . . .”

Y al hacerle la observación de que había encontrado en la universidad de Harvard muchas inteligencias penetradas de agnosticismo.

—“Es cierto” continuó el cardenal, “que un movimiento de éste género se reconoce en determinados grupos muy cultivados. Pero queda circunscrito á estos grupos y el cristianismo continúa mostrándose vivísimo en las costumbres públicas y privadas. El Congreso se abre con oraciones. El Presidente no se dirigiría al pueblo sin pronunciar el nombre de Dios. El reposo del Domingo se observa con fidelidad. . . .”

En la voz del arzobispo hay firmeza apasionada y en sus pupilas una luz más ardiente cuando habla de las cosas de la religión y también él, como Mgr. Keane, me elogia los beneficios de la libertad.

—“Nuestra gran fuerza” continuó, “consiste en no tener ninguna relación con el Estado y en el respeto que éste tiene á nuestra independencia. Podemos mezclarnos en los asuntos públicos con mayor eficacia y para el bien de todos en esas condiciones. El Estado nos ayuda con complacencia cuando se trata de asuntos de policía. En Baltimore, por ejemplo, cuando el último concilio, la administración de Correos estableció un despacho especial para el servicio de los obispos. Pero fuera de insignificantes detalles de éste género el Estado no se ocupa de nosotros. El público es el que sí se ocupa. Continuamente vienen á consultarnos. De éste modo últimamente se me suplicó que escribiera una carta dirigida á los periódicos relativa al negocio de la lotería de la Louisiana que arruinaba á tantas pobres gentes. La escribí y aún creo que ha contribuido para hacer cesar ese escándalo. El pueblo nos ama porque estamos con él. . . .”

Y le interrumpí para preguntarle si pasaba lo mismo con los ricos y si por otra parte no preveía que siguieran grandes dificultades á esas acumulaciones enormes de capitales en un tan corto número de manos:

—“Sí” me dijo, “es un problema grave. Es fuera esperar que con el tiempo se encontrará un medio mejor de repartir la riqueza común. Por eso os decía hace un instante mi simpatía hacia las asociaciones con las que se defiende el obrero. Y no les tengo miedo ni aun á causa de temibles excesos, porque nuestro obrero, no me cansaré de repetirlo, es profun-

da, substancialmente prudente. Desde luego, él mismo tiene probabilidades de llegar á ser ese millonario que envidia. Esto se ha visto con frecuencia. Además y aun sin esa esperanza, es liberal y justo por instinto. Cuando se propuso un impuesto sobre la fortuna personal, tuve ocasión de hablar con muchas personas del pueblo. A todas las hallé en contra de esta medida y todas por la misma razón. No aprobaban un proyecto que tendía al espionaje y á la mentira. Lo juzgaban inquisitorial é inmoral. Si, tengo confianza en este pueblo y más confianza aun en su amor por la verdad. Tuve la prueba evidéntisima al publicar hace ya algunos años un librito para dar á conocer al catolicismo tal cual es y bajo el título: *la fé de nuestros padres*. Se vendieron doscientos cincuenta mil ejemplares y no fueron por cierto los cotólicos quienes más lo compraron.”

El rostro serio del prelado se ilumina con este recuerdo. Nunca he comprendido mejor que al mirar esta sonrisa altiva, la diferencia que separa la mezquina vanagloria del autor profesional refiriendo los miles que ha vendido por vanidad ó lucro del gozo viril del escritor de fé que mide por el éxito de un libro el servicio prestado á fuertes convicciones. Los hombres de Dios dan esta clase de lecciones aun sin sospecharlo.

Con esta bienhechora impresión terminó esta visita de la que juzgo haber repetido con alguna utilidad las partes más generales. Al franquear el dintel del arzobispado llevaba la impresión de haber hablado con uno de los más admirables sacerdotes. “Y ya es algo,” como decía un anciano Padre de Tierra Santa, mostrándome el paisaje de Nazareth. . . . Y me contaba: “Cada día miro este horizonte y me repito que es aquí donde nuestro Señor se paseaba cuando era ni-

ño. Sí,” insistió, “esto ya es algo.” No recuerdo quién escribió esta profunda frase en la que la sublimidad del sacerdote cristiano se halla reasumida: “Dios ha dado el sacerdote al mundo. El encargo del sacerdote es dar el mundo á Dios.”

. Algunas semanas después me encontraba en el *hall* de uno de los grandes hoteles de la Quinta Avenida en Nueva York. En el despacho los secretarios revisan el correo, hablan en porta-vozes, timbran notas. Banqueros leen su correspondencia con el cigarro en la boca. Otros se aprietan en torno de una mesa ante la que una joven de ojos inteligentes, pálida á causa de un targo trabajo sedentario, maneja con sus ágiles dedos las letras de una máquina de escribir. Esperan su turno para dictarle una carta. Otros más observan si alguno de los tres elevadores que suben y bajan continuamente, va á descender. Y otros empujan la puerta de una cantina en cuyo fondo se entreve, reflejado en un espejo, el mostrador rodeado de consumidores.

En el centro de *hall* platica un hombre, especie de gigante de potente esqueleto, uno de esos hombres de anchas espaldas, de robusta talla, de manos y pies sólidos y del que se diría que la naturaleza le ha dotado de más vitalidad y en el que ha empleado más tela. Tiene un ancho sombrero de fieltro negro sin engomar. Pero el cuello derecho de su levita dice que pertenece á la Iglesia y su color violeta que ocupa en ella un puesto elevado. Es Mgr. Ireland, el arzobispo de San Pablo, á quien en vano fui á visitar el último otoño á su diócesis del Minetta.

Si no me lo hubieran enseñado le habría reconocido, tanto así es la representación visible de su elocuencia. Su gran cara larga, tallada en anchas facciones, está iluminada por ojos saltones, casi chiqui-

tos para ese poderoso rostro muy subido de color. El encanecimiento de los cabellos y de las cejas, en otro tiempo muy negros, denuncian los cincuenta y siete años pasados del prelado. La barba es muy fuerte y revela voluntad, la nariz proeminente revela la sutileza. La frente es algo echada hacia atrás, como huida, con ese corte que se notaba en Mirabeau y en Gambetta, en esos dos grandes oradores. La boca admirable por su expresiva movilidad. Es una boca elocuente y seductora, de amplios labios que anuncian la bondad. En reposo, tiene sin embargo un pliegue de amargura. Con todo y su valentía, ha luchado mucho el arzobispo para no haber deseado algunas veces pronunciar el *Nunc dimittis* del cruzado fatigado. En este instante todo él es atención y bondad. Por él mismo debía yo saber un poco después que el personaje con quien conversaba en el *hall* del hotel era un repórter.

—“Jamás despidió á ningún repórter que me solicita” me dijo después de haberme explicado ese pequeño rasgo de costumbres enteramente americano. “Solo que, prevengo al que me habla que si refiere palabras mías que no sean exactas, jamás volveré á verle. . . .”

Y tiene aún un carácter común con muchos otros oradores: su voz es gutural, casi ronca. Uno de sus admiradores me lo había ya dicho, el principio de sus alocuciones es desagradable por la voz, pero pronto el oído se acostumbra á ese acento. El mismo se enardece y es tan potente el don de la expresión en este hombre, nacido para ser tribuno si no fuese apóstol, que se acaba por gustar hasta de esa aspereza en el timbre de sus frases. Pasé esa mañana algunas horas inolvidables, después al medio día, y luego otra ocasión al oírlo hablar de América con

patriotismo tan profundo, de la Francia con tan conmovedora simpatía y de la Europa con imparcialidad tan lúcida y tan superior! Al escucharlo admiraba la flexibilidad de esa inteligencia en la que se encuentra toda la excelencia celta.—Mgr. Irelandes, como lo indica su nombre, de una familia irlandesa, y fué educado en el pequeño seminario de Maximieux, en la diócesis de Belly en Francia, y tiene por lo mismo toda la dialéctica latina y todo el realismo de un americano salido de raza obrera. Su padre era un carpintero que vino de Irlanda á Minesota, en una época en la que la ciudad, de donde es ahora su hijo el arzobispo, no existía todavía.

Oía su flexible y vigorosa palabra pasar desde los más elevados asuntos teológicos hasta los más humildes detalles de actividad práctica. El arzobispo me contaba como, en cierta época, tuvo que dirigir con sus consejos las sementeras de los emigrantes de su diócesis, muy numerosos y muy ignorantes para explotar con utilidad las concesiones de terreno que había obtenido para ellos. En seguida respondía á mis preguntas de psicología complicada sobre la naturaleza de la piedad americana, en la que el misticismo se traduce inmediatamente en actividad. Me describía su primera estancia en Roma y la especie de admiración espantadiza con que le rodeaban los cardenales. Después, volviendo al problema social sobre que le había interrogado, como había preguntado también al Cardenal.

—“Nuestros obreros? . . .” me decía. “No, nada temo de ellos. Desde luego son buenos y aún los que no lo son, están dotados de buen sentido. En América de arriba á abajo de la escala social, hay mucho más espíritu conservador de lo que se cree en

Europa. Aquí, lo que domina á todo el mundo, á los pobres jornaleros tanto como á los millonarios, es el sentimiento de la ley. No, el obrero americano no es revolucionario. Conoce demasiado el precio de lo que tiene para soñar con un orden social enteramente diferente. . . . Pero si acepta el orden que existe y quiere defenderse de él, yerra en ello, y procede por asociaciones. Se equivoca aún? Eso está en la raza. Las personas ricas se divierten en clubs. Por qué pues los obreros no han de organizarse en clubs también y sobre todo en Sociedades para protegerse? Se dió un gran paso cuando esas Sociedades propias á cada oficio se asociaron entre sí. Y por qué no aún más? Así fué como se formaron los *Caballeros del Trabajo*. Según mi opinión eso es muy bueno. Los capitalistas empiezan á comprender que necesitan entrar con esas grandes fuerzas colectivas. Qué sucede? Que se discute y discutir es el medio más seguro para entenderse. Este año los directores de un camino de fierro del Oeste, á cuyo presidente conozco mucho, creyeron que debían disminuir los salarios. Las utilidades de la Compañía habían bajado. Hé aquí cómo sucedieron las cosas. El presidente tuvo que conferenciar por el pronto con los representantes de los mecánicos. Estas conferencias duraron cuatro días. Nuestros representantes preguntaron el por qué de la reducción. Examinaron el balance de la Compañía. Quisieron saber qué monto debían tener las entradas de la Compañía para que se restableciese el importe de su salario. Una vez terminadas éstas conferencias con el presidente, tuvieron necesidad de hablar con sus camaradas. Por último, habiendo aceptado ese cuerpo de obreros la reducción, les tocó su turno á los garteros, á los *brackemen* como aquí se dice. Necesi-

tais asistir á una de esas sesiones para medir lo profundamente equalitario que es este país. Pero hé aquí una razón. El banquero americano está muy cercano al tiempo en que él mismo era obrero, para no saber cuando habla con sus obreros por qué habla y lo que debe decirles. Son hombres ambos que no se creen de diferentes razas y ya es mucho. . . ."

El arzobispo se calló. Está á punto de abordar francamente un asunto penoso. En todas sus palabras he sentido estremecerse al apóstol plebeyo. Hermano de los humildes por su origen, como esos banqueros de quienes me hablaba, se regocija con los progresos de los trabajadores y padece con sus errores. Continuó:

—“A pesar de todo, nuestro obrero está contaminado por dos grandes defectos. El primero, el más grande, es la intemperancia y desgraciadamente la del alcohol. Pues por decirlo así, casi no beben vino. Le hemos hecho y le hacemos encarnizada guerra á ese vicio. Pero no hemos vencido. . . . El segundo defecto es la prodigalidad. Nuestro obrero camina muy de prisa. En cuanto tiene dinero lo gasta. Quiere que su hija sea una señorita. Entrais á su casa. Hay en ella una alfombra, un piano. No es porque sea muy sensible al lujo, sino porque el sentimiento de igualdad le impulsa á rodearse de estos adornos. Le parece natural, casi necesario que el lujo esté al alcance de todos. Y cuando llegan los años malos, se queda pobre y sufre. El seguro corrige en algo esto. Por lo demás, al lado de los pródigos están los prudentes. Muchos llegan á comprar un pedazo de terreno para construir una casa é inmediatamente después compran otro pedazo al lado del primero para especular con él. Este es el motivo por qué el odio al capital no existe entre nosotros. Y

además, nuestros obreros son castos y son religiosos. Se me cuenta que en Europa el concubinato es la plaga de las clases pobres. No hay nada que se le parezca en nuestras poblaciones. Reasumiré su virtud en una sola frase. Aquí la mejor esperanza de la Iglesia está en los obreros. Todos los que son católicos, practican. Les vereis comulgar en Pascua, sin excepción. Este fervor del pueblo es el que nos proporciona esa magnífica oportunidad de que siempre hablo."

— "Sí," "decía luego, "este inmenso país es tan nuevo, está tan desprovisto de preocupaciones, que experimenta más y más la necesidad de este orden en la unidad, que es la más propia de la Iglesia católica. El gran problema para que se manifieste esta unidad y para que haya verdaderamente una Iglesia católica americana, es desde luego la existencia de la unidad en los idiomas. Ahora bien, muchos de nuestros fieles son inmigrantes, alemanes, polacos, canadenses, franceses. Llegan aquí hablando solo su propia lengua, conducidos por sacerdotes que tampoco hablan otra. En esto el riesgo es real. Si imponemos el inglés en nuestras diócesis, se corre el riesgo de que estos sacerdotes no tengan fieles ó de que estos fieles se queden sin sacerdotes. Es, sin embargo, indispensable obligar á unos y á otros á aprender este inglés para que nuestra Iglesia no se disperse en una serie de capillas locales y también para que no se pueda acusarnos de que somos extranjeros en el país. Pero qué! este es un esfuerzo que se exigirá nada más á la primera generación y ya la segunda se compondrá de católicos verdaderamente americanos. Para esta también hemos tenido que combatir. Los alemanes han hecho una petición á Roma para que los obispos de aquí fuesen de idiomas

diferentes y en número proporcionado á la nacionalidad de los inmigrantes. Ahora bien, sobre diez millones de católicos más de tres millones son alemanes. Una tercera parte de nuestros obispos tendría que ser de Alemania. Y con esto se acababa la unidad de nuestra Iglesia. Felizmente los peticionarios mezclaron la política á su demanda. Insistieron sobre el interés que las potencias europeas tenían en esta división. Esto era atacar al patriotismo de los americanos. Por ello se sobresaltaron y vencimos. Ah! Nuestro porvenir es grandioso, muy vasto con la condición de que seamos profunda resueltamente americanos y demócratas. Tenemos necesidad de tres cosas: costumbres las tenemos; fieles nos los trae sin cesar la inmigración; inteligencias, nuestras universidades y nuestros seminarios nos la darán cada día más. Pero, entendedlo bien, no es la inteligencia de ayer la que necesitamos, es la de mañana, la del siglo veinte."

Y en tanto que el arzobispo parecía ver ya con sus ojos claros este mañana triunfante para el que ha dado toda su vida, hora por hora, recordaba yo la exclamación que arrojó en la catedral de Baltimore y de la que toda nuestra conversación es sólo un comentario:

— "El Cristo ha hecho de la cuestión social la base misma de una enseñanza. Pues ved la prueba que ha dado de su divinidad: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan purificados, y *los pobres van al evangelio*"

Un francés amigo mío, á quién leí el resumen de esas dos conversaciones, meneó la cabeza. Hace diez años que está retenido en Nueva York por su empleo. Conoce muy bien los Estados Unidos y los cree amenazados, si no de una catástrofe al menos

sí de grandes perturbaciones. Debo agregar que es pesimista por naturaleza muy hostil á la democracia y que vive en un estado permanente de cólera contra el positivismo y la dureza de la sociedad americana:

—“Sí” me decía después de algunas exclamaciones burlonas y de mal humor, “quisiera que estuviesen aquí esos dos arzobispos para ponerles á la vista nada más algunos de estos documentos.” Y tomando un legajo de su bufete extrajo algunas notas unas después de otras.

—“Estas no son ideas y frases, son hechos y cifras que junto para un gran libro que tal vez nunca llegaré á componer, y como todas son tomadas de las relaciones publicadas por el *Labour Bureau*, de hace diez años á la fecha, son incontestables. . . . Estamos en Enero de 1894. Pues bien! á fines de Diciembre próximo pasado, no hace aún veinte días, las noticias oficiales demostraban que en los Estados de Nueva York y de Nueva Jersey, el número de los obreros sin trabajo se elevaba á doscientos veintitres mil doscientos cincuenta. En Pensilvania este número era de ciento cincuenta y un mil quinientos. Calcule vd. y se convencerá de que sin salir de los límites de la verdad, puede estimarse en más de ochocientos mil el número de desocupados como aquí se les llama. Agregad los dos millones de mujeres y de niños que forman sus familias y llegareis á esta conclusión que en este momento y en medio de este terrible invierno la gran República tiene sobre su suelo tres millones de seres humanos que se mueren literalmente de hambre! Y así se quiere que no crea en una revolución cercana, cuando semejante ejército de desesperados está dispuesto á seguir al primer agitador que quiera levantarlos,

“Hay además que tener en cuenta que todos estos hambrientos están inscritos en alguna asociación, y que junto á ellos hormiguea otro ejército casi tan miserable, el de los obreros á quienes se paga menos de día en día y á los que se les hace el trabajo intolerable á causa de la depresión universal de los negocios. Hé aquí otras cifras tomadas de la misma lista oficial. Las juzgareis tan concluyentes como las publicadas en el libro que la hija de Karl Marx, según creo, la Sra. Avelane y su marido han publicado bajo éste título; *The voorknig dass movement in America*. En Fall River, por ejemplo, y en las grandes manufacturas de algodón, el salario medio del obrero es de nueve *dollars* por semana, lo que hace *dollar* y medio por día, en tanto que en Nueva Jersey esta medida baja á un *dollar*, veinticinco centavos y en el resto de Estados Unidos á un *dollar*. A primera vista parecen ser estas cifras elevadas, y haciéndolas espejear es como ciertos economistas elogian la felicidad de las clases laboriosas de América. Pero, para apreciar lo que en realidad valen éstos seis ó siete francos ganados cada día es preciso levantar un cuadro comparativo del costo de la vida en los diferentes países.

“El alojamiento de un obrero americano, le cuesta por término medio sesenta y siete *dollars* al año, es decir más de trescientos cuarenta francos, mientras que el de un obrero suizo le importa, también término medio, veinticinco *dollars*, es decir, á penas algo más de ciento veinticinco francos, y el de un obrero alemán veintidos *dollars*, es decir poco más ó menos ciento diez francos. El obrero americano gasta en combustible, poco más ó menos treinta *dollars*, el suizo gasta veinte, y el alemán diez. Todo lo demás guarda la misma proporción. Esos salarios que

parecen suficientes considerados bajo el punto de vista de Europa, aquí no representan lo necesario para sostener una familia. El trabajo de las mujeres y el de los niños es la consecuencia de este estado de cosas y aquí su explotación es aún más dura. Mire usted, aquí están otras cifras. En Filadelfia las camisas para mujer se pagan á sesenta centavos ó á sesenta sueldos, como se quiera, ó sea á tres francos la docena y los delantales para las nodrizas á treinta y cinco centavos. Una obrera hace, por término medio, una docena de camisas y dos docenas de delantales en el día, trabajando desde las cinco y media de la mañana hasta las siete de la noche. Las mujeres más instruidas, las que se ocupan en el "*clerical work*"—no tenemos una palabra exacta para expresar este trabajo de bufete y de almacén—ganan cinco ó seis *dollars* semanariamente. Estas tienen que pagar su cuarto, su lavado y que vestirse con elegancia para no perder su posición.

"En lo referente á los niños las estadísticas son lastimosas: en el Connecticut sobre setenta mil obreros, cinco mil tienen ménos de quince años. En cien empleados de las fábricas de puros, en New York City, hay veinticinco niños. Ahora bien, el trabajo de las manufacturas de tabaco es de diez horas por día. En las de algodón es de once. En Detroit los niños de las fábricas trabajan nueve horas diez y seis minutos y las niñas nueve horas diez minutos. Es de notar que estos datos están tomados á los Estados en donde se han ocupado de la legislación del trabajo." "Ahora bien, agregó guardando sus papeles, si usted quiere que estas reseñas estadísticas se animen, no tendrá usted sino hacer tres cortas experiencias que son bastante sencillas. No retendrán á usted fuera de su hotel sino algunas horas cada una. Pida usted

al director de un periódico uno de sus repórters para que le acompañe á los barrios bajos de Nueva York; durante el día la primera visita, en la noche segunda visita, y luego la tercera visita á las penitenciarías de las islas... Percibirá usted la merma de esta civilización cuyas fastuosidades os han deslumbrado y tal vez llegará usted á opinar que no estoy tan equivocado al protestar contra el optimismo de los dos grandes obispos que han dado las ideas sobre las clases obreras en los Estados Unidos que me acaba usted de expresar. A ellos como á muchas personas de corazón, los sueños de su buena voluntad les ocultan el horror de lo real...."

He seguido el consejo de mi compatriota, aunque los documentos que me citó no me causaron una impresión profunda. He estudiado mucho los problemas sociales para concederles importancia real á las inquisiciones oficiales. Son semejantes en cuanto al valor á las revolucionarias y con esto se dice todo. Unas y otras proceden por cifras extremas y á pesar de ellas, la prueba de que la sociedad actual es viable está en que vive.

Tiene espantosas miserias que resultan de causas múltiples para que el remedio de esa merma de civilización, como decía mi amigo, puede nunca ser formulado con certidumbre. Cada vez que se ha intentado aplicar á este organismo infinitamente complejo medidas de reforma radical, se han agregado las injusticias y las desdichas del desorden á las desgracias y á las injusticias de la suerte. Sin embargo los revolucionarios tienen razón al exagerar los hechos odiosísimos así como las brutalidades de opresión.

que constituyen el pecado social, nuestro común pecado. Impiden que nuestros egoísmos que están sobre aviso se adormezcan, ya sea porque espantan nuestra curiosidad, ya porque conmuevan nuestra humanidad y provocan remedios de detalle, únicos que han podido alguna vez suavizar en algo la porción de las víctimas de la durísima competencia.

No siento, pues, haber hecho las tres excursiones á los barrios de Nueva York, que emprendí á causa de esa conversación. Aunque tales experiencias sean muy superficiales, creo haber ganado con ello una interpretación más exacta de los datos entre los que se prepara el porvenir de este país sin análogo. Las horas empleadas en estas visitas fueron pocas y los detalles que pude percibir, limitados. El lector juzgará por las páginas del diario en que consigné desde luego estas "experiencias" si me he equivocado al conceder alguna importancia á su significación.

.....
Enero 13.—Un día de invierno rigurosamente frío y hácia el medio día subimos M. K*** y yo en uno de esos carros verdes de Broadway, que son aun tirados por caballos. En veinte minutos dejamos á la Nueva York que yo conozco y entramos á otra Nueva York que yo no conocía. Los blocks suceden á los blocks, construidos con mayor incoherencia en esta parte que en la otra en que desembarqué hace cinco meses. Cambiamos de coche en la esquina de la primera Avenida para bajar de él á los veinte minutos y seguir á pié por una larga calle que tiene todas sus casas maltratadas. En el sub-suelo de una casa de éstas se hunde una escalera que nos lleva á una especie de "office" dividido en dos cuartos con un tabique de tablas sin papel y sin pintura. Uno sirve de salón de espera, el otro de bufete.

Aquí es la agencia central de una de esas sociedades de obreros que abundan en los Estados Unidos. Esta, que es de creación reciente, ha sido fundada por un joven que en este momento está en el bufete. Le llamaré *Bazarow*, con el nombre del estudiante nihilista en el *Padres é Hijos* de Tourgueniew, lo que no está en contradicción con las palabras que cambiamos durante esta extraña tarde. Es un judío ruso, de la parte que linda con la Polonia, que vino á Nueva York hace seis años y que es agitador de profesión. Es bastante hermoso, tiene largos cabellos blondos que se ensortijan al derredor de una cara muy pálida. Los ojos, casi al ras de la cabeza, son glaucos y rayados con delgados hilos de sangre en su parte blanca; su voz, que cecea, tiene menos acento extranjero en francés que en inglés. Este último idioma es para él una adquisición reciente. Le habla con la extremada facilidad que conviene á su doble origen. Es eslavo y es semita.

Este personaje inquietante nos ofreció asiento después de habernos mirado con esa mirada acostumbrada á buscar al espía posible y que es la de todos los que militan en el socialismo. Está en regla con respecto á las leyes, y el permiso que le autoriza para fundar su sociedad se ostenta en la pared arriba de la mesa á lado de un pequeño aviso redactado en hebreo y marcado con una calavera y con huesos en aspa. Sin duda alguna, en nosotros no nota nada que justifique su sospecha, pues que sigue abriendo su voluminosa correspondencia de la mañana, pero revistiéndose con la coquetería de un burócrata muy ocupado. Lee nombres, dicta citas; se admira de no conocer á este ó á aquel y consulta á su secretario.

Este es un hombre de 40 años, de aspecto sórdido y mal encarado, y está en los momentos de dar cin-

cuenta sueldos á un obrero que le extiende dócilmente una libreta roja con una especie de pasividad mohina. El secretario cambia con este cliente siniestro algunas frases en alemán, después habla ruso con su jefe y en tanto yo tomo de sobre la mesa un ejemplar, de un montón de impresos destinados á la propaganda. Es la traducción inglesa de una obra del italiano Mazzini: *The duties of man* (Los deberes del hombre). Lo abrí al azar y encuentro un capítulo sobre Dios. Ved desde dónde se ha lanzado el partido revolucionario. Para llegar donde, sus diarios lo dicen claramente! Lo que no dicen bastante, lo que semejante lugar torna perceptible y como concreto es la mistura internacional, la admirable fusión de razas que representa este partido. Es un rincón de *Cosmópolis* el que vuelvo á encontrar aquí, un arrabal, mejor dicho, un distrito indio de esta ciudad de las ciudades que tuvieron por fundadores á refinados como el Principe de Ligne, Lord Byron, Mme de Stael, Beyle y Henri Haine. Estos grandes artistas y esos grandes señores han pedido á la expatriación y al viaje lo necesario para gozar mejor del encanto compuesto de la vasta civilización moderna. Los socialistas actuales piden á la vida cosmopolita el medio de destruir mejor esta misma civilización. Y esta es una prueba más de que nuestras costumbres y nuestros medios tienen precisamente el sentido y el valor de nuestras almas.

Terminó Bazarow su registro y salió con nosotros para ir á la Inspección de policía. Allí debíamos hacernos acompañar por un *detective* en nuestra visita á los barrios bajos. El mismo agitador expresó el deseo de que fuésemos protegidos y él con nosotros, contra un peligro que realmente es imaginario.—Pero este insignificante detalle manifiesta mejor que todos

los discursos, cuán dividido está en el fondo este partido de la destrucción social que nos parece á nosotros los conservadores tan unido por su odio al orden establecido. Nuestro guía tiene miedo de ser maltratado por algunos obreros pertenecientes á otra secta.

Anda con un paso, que por sí solo revela al extranjero una de las banquetas de esta ciudad del apresuramiento—con el andar pausado del que va sin objeto, sin prisa, sin precisión. Va vestido con un paletó-saco cuyos delanteros cuelgan más que la espalda, debido al peso de los libros que llenan sus bolsillos. Con su sombrero sin goma y deformado, con su camisa de franela, su pantalón raído, me parece uno de esos bohemios de la literatura que abundan en los cafés del cuartel Latino y de Montmartre, y más aún, por su indiferencia al mundo exterior, por su incuria agresiva y por la intoxicación de la idea y de la palabra sobre todo.

Bazarow habla, durante la media hora que tardamos en llegar, á la policía primero y después, estando ausente el jefe de esa policía, en el tiempo que estuvimos en una cantina donde debíamos tomar el lunch, habla sin descanso. Su verbo no deja de tener elocuencia. Como todos los revolucionarios que he conocido se sostiene en la esfera de las ideas generales. Prodigia las teorías de regeneración vastísima, que son inverificables y por consiguiente indiscutibles, y las corta sin cesar con un: *that is my belief*,—“tal es mi creencia”—bastante para enardecer de entusiasmo á una asamblea de instintivos. Enuncia algunas opiniones exactas sobre el paisano francés que compara con el paisano ruso. El conocimiento de uno y de otro prueba la extensión de ese trabajo revolucionario que va en camino de atacar al obrero de los campos después de haber corrompido al de las

fábricas. Habiendo pasado el nombre de Jerusalem en la conversación á propósito de las colonias agrícolas para cuya fundación han tomado la iniciativa algunos israelitas caritativos en Palestina.

—“Jerusalem,” dijo Bazarow. “Mi padre quería mandarme allá! Pero mi Jerusalem, la mía, está aquí. Mi padre quería hacerme un santo.—Yo me he hecho un infiel.”

Y sonreía fisgando. Sus grandes ojos verdes dejaban entrever esa mirada extraña, propia de ciertas personas de su raza, en la que se encuentra un infinito de mistificación y de desilusión. Cuando se ha visto llorar á los Judíos al pié del muro del Templo de Jerusalem, el viernes, se comprende cuán hondo debe ser el escepticismo de esos esperadores eternos, el día en que dejen de creer en ese Mesías prometido y que para ellos no ha venido.

Y como si este hubiese penetrado mi pensamiento, continuó:

—“Por lo demás, entre las gentes que se apoyan en la Biblia y yo, hay un abismo... Lo sé... Hay algunos que pretenden ser socialistas, sobre todo algunos católicos, el arzobispo Ireland, por ejemplo. Pero, Católicos, Judíos ó Protestantes, sacerdotes, rabinos ó pastores, predicán al pueblo que debe aceptar la voluntad de Dios, que debe resignarse, ser *satisfied*; pues bien, el socialismo consiste precisamente en enseñarle lo contrario, en demostrarle que debe revolucionar, ser *dissatisfied*...”

Pronuncia esta profunda frase en el momento en que franqueamos el dintel de la fonda, en la que le introdujo M. K*** diciéndole con la ironía incisiva de un verdadero americano:

—“Nosotros los demócratas gustamos de las tabernas aristocráticas, no es cierto...?”

Nos colocamos en un comedor decorado con bastante lujo, con espejos y vidrios de colores. Muchos negociantes, todos judíos también, tomaban allí un lunch á toda prisa. Uno de ellos conoce á Bazarow y le estrecha la mano. Es uno de los patrones en cuya casa trabajó cuando llegó á Nueva York y á quien casi arruinó con una huelga.

—“Se batió en mi contra con mucha franqueza,” dijo el agitador, “yo también luché contra él con la misma franqueza. Esa no es una razón para no conocerse...”

Y sonreía al recuerdo de esa huelga cuyos episodios nos contaba á la vez que comía ostras fritas. En ella vi una campaña gloriosa en favor de las ideas que yo deseo que al menos crea ciertas. Olvida á las gentes que han tenido más hambre. Por lo demás, en esto es en lo que menos han pensado los revolucionarios. Cuando se reconstruye su psicología se halla siempre que son espíritus de abstracción para quienes el dolor humano es el punto de partida de un razonamiento. Esos teóricos que hablan más de él son también los que lo sienten menos!

Regresamos á la policía. Nuestro compañero se queda á la puerta y tiene razón; pues el célebre M. Byrnes, que por fin encontramos, nos habla de él en términos que hubieran hecho esta visita penosísima si hubiera estado en ella. Este jefe de seguridad, el mejor que haya tenido Nueva York, es una especie de gigante de rostro duro, de boca apretada, de ojo penetrante, casi prensor. Produce una impresión rara el hecho de dejar en algunos segundos la sociedad de un revolucionario declarado por la del que profesa la justicia. Se siente la necesidad que tiene cada civilizado de tomar partido en este duelo implacable y no interrumpido del orden contra el desorden y á

la vez, la legitimidad, en cierto sentido, de una y de otra forma de alma. Iba yo á experimentar esta impresión con mayor fuerza aun. Hizo acudir M. Byrnes, para que nos escoltase en nuestra vuelta por el país de miseria, á uno de sus mejores agentes á quien prometí callar su verdadero nombre. Le llamaré Clark, como he denominado Bazarow al nihilista eslavo!

Vimos entrar á un hombre chaparro y ancho, con cara de perro meloso bigotudo, con maxilar prensor y mordedor bajo de una nariz cortada en cuadrado. Sus ojos negros chicos parece que arden junto á su cerebro como los de los animales de presa. Es pues, este hombre un animal todo músculos y persecución, cuyos movimientos más insignificantes traicionan su salvaje agilidad. Nada más en su andar se comprende el por qué los novelistas americanos se desviven por escoger como héroes de sus romances de sensación á los *detectives*. En una criatura de esta raza la energía física y la moral está en estado de brote continuo, como en los soldados que están en campaña. La audacia, la presencia de ánimo, la resistencia para sufrir todos los peligros, la destreza y la astucia se desprenden de este atleta de la policía y unido á esto tiene la jovialidad de un soldado veterano.

Nos despedimos de M. Byrner, cuya pupila penetrante se ha dulcificado para mirar á su hombre y héenos abajo de la escalera á M. K*** y á mí, presentando á los MM. Clark y Bazarow. En la presentación súbita de estos dos seres hubo verdaderamente todo el antagonismo, instantáneamente revelado, de las dos especies sociales. Los ojos á flor del pelo del revolucionario se tornaron insolentes con un algo de insolencia irónica y espantadiza, en tanto que la roma nariz del policía se frunció y se cris-

paba como el hocico de un dogo pronto á lanzarse y á morder. El *very glad to see you sir*, se escapó como un gruñido. Después, al andar uno junto á otro, sus espaldas seguían evocando la idea de dos mundos en guerra: uno con su dorso de soldado disciplinado, con su sobretodo acepillado y abrochado militarmente, con su sombrero tan brillante como el metal y con sus pies calzados de fuertes botas, caminaba con singular seguridad; mientras el otro, por instinto y por premeditación exageraba más aún su despechugamiento, con sus piés lanzados al descuido, con sus manos como si flotasen en las bolsas de su pantalón desgarrado y raído, con su aire indiferente, socarrón é indomable, bajo su pingajo de sombrero. Y á pesar de ello empezaron á hablar con esa familiaridad sencilla que parece flotar en el aire de esta democracia y respirarse por todos los poros:

—“Me admiro de que no nos hayamos encontrado antes M. Clark,” dijo Bazarow.

—“Y de que yo no le haya arrestado á usted, hijo mío,” respondió el otro.

—“Oh!” volvió á decir el polonés, “bien sabemos que M. Byrnes y sus hombres no quieren mucho á las gentes que se ocupan de la organización del trabajo, pero éstas tampoco quieren gran cosa á M. Byrnes y á sus hombres. . . .”

Suena el orgullo y el desafío en la voz tartamuda del extranjero. Temíamos una disputa y para evitarla interrogué á M. Clark sobre su vida y sobre su oficio:

—“*Well*,” me dijo después de algunas frases sobre su edad y sobre su familia, “este oficio tiene la ventaja de dar siempre lugar á algún pequeño *excitement*. . . . Así la semana pasada he tenido en la boca el cañón del revólver de un ladrón desesperado.